

## Anna Seghers

### SOBRE EL CONGRESO DE ESCRITORES DE MADRID

«Zum Schriftstellerkongress in Madrid», en *Aufsätze, Ansprachen, Essays 1927-1953. Berlin, Aufbau, Gesammelte Werke in Einzelausgaben*, Bd. xiii, 1984, pp. 38-48; y también en *Kürbiskern*, 4 (1975), pp. 58-63.

«Fiel a sus principios y fiel a sus resoluciones»: el II Congreso de la Asociación de Escritores para la Defensa de la Cultura se puso así en marcha la noche del 2 al 3 de julio hacia Madrid, su lugar de reunión decidido ya en el I Congreso, desde París y pasando por Barcelona y Valencia. En el tiempo transcurrido Madrid había pasado de ser punto de encuentro geográfico a punto de encuentro ideológico. Cuando nuestro amigo francés Jean Richard Bloch anunció en un mitin en París, poco después de los acontecimientos que conocemos como la salvación de Madrid, que la reunión iba a celebrarse allí, el anuncio fue acogido con expresiones de alegría no sólo por los escritores, sino por toda la sala, llena hasta desbordar, que entendía la intención de nuestra Asociación.

Un Congreso de escritores que tiene a sus delegados en España, cumpliendo firmes su palabra, se hace entender por las masas. Lo dijo Karl Liebknecht: En algunos momentos las palabras, demasiado a menudo traicionadas y controvertidas, sólo recuperan su autoridad mediante una acción inequívoca.

En nuestro Congreso participaban treinta naciones con alrededor de doscientas personas. Debido a las dificultades externas, sólo algunas pudieron participar en la totalidad del viaje. Casi todos los Estados europeos estuvieron representados. Hubo una amplia participación de Latinoamérica, que no había estado representada en el I Congreso. La presencia del Asia meridional y oriental fue escasa. Ante las ausencias, la Asociación no debería limitarse a esperar que lleguen espontáneamente las solicitudes de inscripción.

En un congreso de escritores resulta especialmente clara una cosa: cuanto más expresa cada cual sus particularidades nacionales, lo específico de su propio sector de lucha, tanto más se refuerza la unidad, lo internacional.

Tan variadas como las procedencias geográficas de los participantes eran sus trayectorias ideológicas, las evoluciones de sus trayectorias ideológicas hasta Madrid.

Algunos de nosotros hemos estado implicados desde hace decenios en las luchas del movimiento obrero. Hemos vivido muchas fases de nuestro movimiento, cada cual en un sitio distinto, pero todos de pleno. Entre los que estamos en ese caso figuran Andersen Nexö, cuya obra *Pelle el conquistador* fue la primera gran novela proletaria, todavía hoy inigualada, que se publicó por primera vez en alemán hace ya muchos años en *Vorwärts*, por entregas, y en París en *L'Humanité*, dirigida por Jaurès; Egon Erwin Kisch, que ha mostrado no hace mucho en Australia lo que un solo escritor antifascista puede sacar de su presencia en un Congreso, en forma de palabras y de acción; y Fadeev, que en su libro *Los diecinueve*, sobre la guerra civil, dio respuesta a algunas preguntas que sólo hoy se plantean de forma plenamente consciente.

Los nombres de otros no han destacado para nosotros hasta que los ha iluminado la intensa luz de este último año. El escritor francés Julien Benda, que se nos unió porque «de Spinoza a vosotros hay un camino directo»; José Bergamín, nuestro amigo católico español, redactor de *Cruz y Raya*; el francés Chamson, «un escritor que ha escogido la dirección de su vida». Mencionemos también al historiador burgués católico que durante el viaje nos confesó que a él, que en los últimos diez años ha recorrido España varias veces de punta a punta, que ha estudiado sus dialectos y ha catalogado sus obras de arte, la importancia de la cuestión social y económica se le reveló por primera vez cuando vió al primer campesino ejecutado de un tiro en Extremadura. A los nombres que marcan constante y evidentemente la importancia europea de nuestra Asociación, como Romain Rolland, Heinrich Mann y Bertolt Brecht, la lucha por la libertad en España, ese gran ejemplo de plena entrega física a la idea, ha añadido otros como el del americano Hemingway. Ha habido proporcionalmente pocos jóvenes. A esta cuestión, una de las más importantes, nuestra Asociación debe prestarle especial atención. Entre quienes han tenido en el Congreso una importancia clave están los escritores de las Brigadas Internacionales, presentes sólo algunas horas o algunos días, enviados en misión o heridos.

Desde el principio la intención de nuestro Congreso era tomar partido. Mientras que en el I Congreso se había tratado de definir y formular los conceptos, en éste se trataba de dar testimonio, de dar testimonio a favor de la defensa de la cultura, que hoy se identifica con la defensa de España. Pero también desde otro punto de vista era éste un congreso testimonial: muy poco después de que la caravana de vehículos hubo pasado las localidades costeras nos enteramos de que esas mismas localidades habían sido bombardeadas por buques de la Intervención (es decir de la No Intervención, pues estaban para impedir los suministros de armas). Catedrales bombardeadas, del mejor arte europeo que vimos (no sólo protegidas de los iconoclastas por el letrero «Patrimonio nacional», sino por la percepción de que en tales edificios, comprensibles para todos, se materializa algo más que su momentáneo uso abusivo por parte del clero), bombardeada la ciudad en la que estuvo el cuartel en el que residió Poncio Pilato, antes de asumir sus funciones en el otro extremo del Mediterráneo, bombardeadas la cultura por el fascismo, la tradición por el beneficio, el arte por las rentas.

Esa parte del Congreso marcó todo lo demás. Ése ha de ser el punto de partida de la crítica del Congreso. En el Ayuntamiento de Valencia se trató menos de expo-ner que de dar testimonio (lo que no quiere decir que en las ciudades bombardeadas los escritores antifascistas no sean capaces de exponer sus ideas). El objetivo de esos testimonios estaba claro: en defensa de la cultura, que en este momento histórico se está defendiendo en un campo de batalla bien determinado y con armas bien determinadas, bajo la responsabilidad de un gobierno bien determinado, el gobierno del Frente Popular español. Sobre ese objetivo no hubo discrepancias. Los testimonios variaron únicamente en función de la procedencia y la visión del mundo de los delegados. Una sana diversidad. Las acciones de los escritores en el Frente Popular no han de ser un alinearse mecánico de peculiaridades casuales, sino una construcción rigurosa de la unidad a través de discusiones abiertas.

Esas expresiones de unidad en la lucha por la libertad en España fueron el núcleo común de todas las declaraciones, por distintas que fueran las procedencias y los motivos. «Todos los que estáis aquí», dijo Negrín, el presidente socialista del gobierno, «y otros que no han podido asistir y apoyan este Congreso, os identificáis con la idea que se defiende en Madrid». Y el escritor soviético Koltsov: «Los únicos para los que no hay sitio son los que creen en alguna posibilidad de transacción con el enemigo, por oculta que esté la idea de capitulación, por mucho que se cubra con complicadas superestructuras políticas, filosóficas o artísticas.» «En el I Congreso, en París», dijo el Comisario general de Guerra Del Vayo, «como Delegado de los escritores españoles, con las jornadas asturianas detrás de nosotros, me remití a la tesis de Gorki: el proletariado como elemento defensor de la cultura.»

Julien Benda declara: «Me reprochan que participe en acciones en las que los comunistas tienen mayoría. Si me sucede efectivamente el estarles haciendo el juego, no soy responsable: es esta burguesía llamada democrática la que desde hace cincuenta años traiciona los valores que pretende sustentar, la que provoca que quienes se deben a estos valores estén obligados a comunicarse con los partidos avanzados que luchan en solitario por salvaguardarlos».

¿Puede decirse que las declaraciones en el estrado valenciano hubieran podido ir más allá, hubieran podido estar más fundamentadas o hubieran podido avanzar más propuestas? El católico Bergamín figura quizás entre quienes han ido más allá en sus cuestionamientos: «Porque sólo hay para el escritor una preocupación primera: la de su comunicación o comunión humana. No es lo mismo 'solos' que 'aislados'. El 18 de julio el pueblo de Madrid se levantó. ¡Como un solo hombre! ¡Y como un hombre solo! Solo y no aislado. Con el pueblo español, a menudo solo en la Historia, se salvan todos los valores humanos de la cultura.» En otros pasajes comparó las peculiares afinidades de los pueblos ruso y español en la historia europea, la resistencia antinapoleónica en los dos extremos de Europa. El pueblo ruso y el pueblo español, ambos vivieron, solos pero no aislados, por primera vez, nuevas fases de la historia, las vivieron por otros pueblos. Su historia es hoy por ello hasta tal punto común que quien hoy se vuelve contra Rusia se vuelve también contra España.

¿Qué hubieran podido responder los delegados al bombardeo aéreo de la segunda noche en Valencia, ese turno de réplica del enemigo, en su siguiente sesión matinal? La clara toma de postura de Chamson, que todo intelectual debería poder hacer suya: «Esta noche ha cambiado mi vida, ha aclarado mi objetivo.» Y es que el ataque aéreo de Valencia fue para muchos la primera experiencia de la guerra.

Las intervenciones efectuadas bajo la presión de las circunstancias, desacostumbradamente abiertas, mostraron cómo la experiencia de la guerra separa a dos generaciones, así como que quienes luchamos por la paz debemos conocer mucho mejor la guerra, no sólo sus consecuencias externas y sabidas, sino sus múltiples e inesperados efectos en los cerebros, e incluso su atractivo.

Chamson dijo de Madrid que era «la única ciudad al abrigo de la angustia en medio de la angustia universal». ¿Cómo repercutió en el Congreso esa situación? Entre las barricadas y las callejuelas,

con los niños que juegan y las mujeres que hacen calceta a la sombra, cerca de los impactos de la artillería. ¿Fatalismo? Los escritores, que por su profesión escrutan las causas del comportamiento, estuvieron de acuerdo: es todo lo contrario. Es la vida que se enfrenta a la muerte, la dignidad humana a la destrucción cobarde y ciega, la conciencia de clase a todos los intentos de disolverla.

Otra pregunta, muy discutida: ¿En qué se basa la autoridad del Partido Comunista en Madrid, bien perceptible también para los escritores? No se trata del gran número de combatientes que ha puesto a disposición de Madrid. Los escritores preguntaban por la fuerza ideológica, las palabras, las consignas, mediante las cuales el Partido Comunista, que junto con sus aliados se considera que ha salvado a Madrid, había contribuido a defender Madrid. La respuesta es a la vez difícil y sencilla: lo que ha hecho ha sido decir la verdad a las masas de Madrid. Ha explicado sin miramientos a las masas la terrible gravedad de la situación, incluso la posibilidad de sucumbir, ha presentado la situación escuetamente y sin miramientos, y ha mostrado también el único camino para salir de la situación. Para el escritor ésa es la cuestión más importante, cuestión a la vez artística y política.

¿Qué repercusión ha tenido el Congreso en la situación? Por la carretera de Valencia a Madrid, en los pueblos nos decían: «Explicad lo que está pasando, cambiad las cosas, vosotros que podéis.» ¿Cómo ha respondido el escritor en Madrid a esa confianza casi dolorosa en la autoridad de la palabra escrita?

«Hemos de encontrar la palabra», dijo el dramaturgo noruego Nordahl Grieg, «la palabra que lleva a la acción». Ése fue el punto de partida de los debates de Madrid, que por su objetivo iban más allá que los del Congreso de París.

En Madrid encontramos a nuestros amigos los escritores alemanes que forma-ban parte del meollo del congreso, porque con su plena implicación personal demuestran la veracidad de la palabra escrita. La importancia también numérica de la implicación de los escritores comunistas alemanes puede verse en el hecho de que del grupo presente en París dos tercios están o han estado en España combatiendo y escribiendo. Entre ellos figuran Ludwig Renn; Gustav Regler, que acudió breve-mente, herido, a nuestra reunión; Hans Marchwitza, que aprovecha la convalecencia de sus heridas para escribir; Hans Kahle, general del Ejército popular; Artur Koestler, que escribe ahora su segundo libro sobre España tras haber estado prisionero en Málaga; Kurt Stern, que dirige el periódico de una brigada; Alfred Kantorowicz, que no pudo dejar el frente para acudir al congreso y que entretanto ha sido herido; Bodo Uhse, que combate como soldado y escribe; Theodor Balk, nuestro periodista, ahora médico en el frente. En nuestras asambleas se ha visto cómo las masas españolas valoran esa solidaridad plena con la lucha por la libertad en España. Por eso mismo se percibe tanto más claramente cualquier ruptura de esa solidaridad, sea abierta o disimulada, tanto si el escritor se justifica con expresiones seudorevolucionarias o religiosas como si se reconoce abiertamente en grupos trotskistas o se considera orgullosamente ajeno a cualquier grupo; su ruptura de la solidaridad con nosotros se convertirá siempre en solidaridad con Franco.

En su discurso de París Brecht mostró la sustancia de la cultura, cómo un metro cuadrado de terreno ganado a Franco puede convertirse en un centímetro cuadrado de lienzo de Goya o Velázquez del Prado. Desgraciadamente la ecuación puede formularse también al revés: un centímetro cuadrado de letra impresa puede significar un metro cuadrado de terreno perdido en Brunete. No fue un comunista, sino el católico Bergamín, quien valoró cortantemente la aparición del libro de Gide: «Yo he leído este libro en Madrid, en un silencio pulsado trágicamente por el cañoneo de nuestros enemigos. Siendo un libro que yo me atrevería a llamar insignificante, adquiere ahora para nosotros, españoles, una terrible significación. Presiento el regocijo con que será leído del lado de Franco este libro, que constituye una terrible transgresión de la solidaridad intelectual.»

«No sólo queríamos escribir historia, sino hacer historia.» Ludwig Renn advirtió al mismo tiempo contra una interpretación errónea de ese hacer historia. La acción más importante del escritor es y será la de escribir. «Desarrollad nuestras ideas, yo os ofrezco mi pluma mientras disparo. La guerra en la cual luchamos no es un placer. No es un fin en sí misma, es algo por lo que hay que pasar.»

Ese tener que pasar por ello significa al mismo tiempo que hay que salir de la fase defensiva, de lucha, en la que las palabras empiezan demasiado a menudo por el prefijo «anti». Así han empezado muchas de las discusiones en Madrid: hay que señalar cada vez más, no contra qué luchamos sino para qué; no sólo defendemos la cultura sino que la construimos. Sólo así se refleja en el escritor la situación en su conjunto. Kurt Stern contó en el Congreso: «En el frente de Madrid un soldado me preguntó: ¿Es bonita la ciudad que defendemos?» Ese soldado expresaba quizá lo esencial de nuestra situación. Durante mucho tiempo nuestras fuerzas se han concentrado demasiado exclusivamente en la defensa. Podemos liberar aún a muchas más personas para la lucha si entienden mejor cuál es la ciudad, cuál es la cultura que defienden.

El fascismo hitleriano nos ha enseñado que el enemigo ocupa con sus ideas todos los huecos que dejamos en la imaginación de las masas, todos los puntos del cerebro que dejamos sin cultivar. Esa cuestión adquiere gran importancia para el escritor: cualquier vacío en su pensamiento, cualquier confusión en su imaginación se multiplica en las masas lectoras. Una mínima infección en un lugar de su pensamiento repercute en las masas a través de su trabajo. En nuestras discusiones hemos observado que precisamente los escritores que se nos han unido por una postura «anti», pero que ahora buscan algo más que «estar en contra de algo», tienen una gran necesidad de clarificación. Si fuéramos igual de claros sobre aquello por lo que estamos como sobre aquello contra lo que estamos llegaríamos a muchos más intelectuales que están en la orilla de nuestro movimiento o incluso en peligro de que los capten los enemigos de clase. Porque a través de una cierta aversión a las posturas de mero rechazo, de la fuerte necesidad de objetivos positivos, esas personas se dejan cautivar fácilmente por objetivos aparentemente positivos, pero en realidad erróneos y mendaces.

¿En qué consiste nuestra tarea específica como alemanes? Constantemente y con paciencia, basándonos en los innumerables ejemplos concretos que podemos aducir, hemos de explicar a

los escritores que en nuestra lucha, ante el único dilema entre lo uno y lo otro, se trata de dar un sí sin divisiones a la lucha por la libertad.

Con la ayuda del mayor número de escritores posible, hemos de presentar también para Alemania la lucha por la libertad en España como ejemplo máximo de la más decidida lucha por la libertad sin más.

Hoy, al hacernos cargo de «la herencia cultural», hemos de presentar todas las luchas del pasado por la libertad como el más potente impulso de la historia y del arte. Hemos de contribuir a que en Alemania esa herencia viva, esa herencia correctamente interpretada y asumida conscientemente por el pueblo, sea útil a la lucha cotidiana actual por la libertad, y hemos de transmitírsela a la juventud, para que le sirva en todo momento.

La Resolución de nuestro Congreso dice:

«Que los escritores están dispuestos a luchar por todos los medios de que disponen contra la guerra y el fascismo. Que en la guerra que el fascismo ha abierto contra la paz y todos los valores culturales ninguna neutralidad es posible, ni puede pensar-se en ella, como han comprobado los escritores de numerosos países en donde todo pensamiento está limitado a las terribles condiciones de la ilegalidad.

Por los referidos motivos el Congreso hace este llamamiento a los escritores de todo el mundo, a todos los que creen honradamente en su misión, para que fijen su posición sin tardanza ante la amenaza que se cierne sobre toda la cultura y sobre toda la humanidad. Se dirigen particularmente a aquellos a quienes la carencia de informaciones les permite tener la ilusión de mantenerse neutrales. Se dirigen también a aquellos que creen todavía en las promesas irrisorias tras las cuales el fascismo disimula su obra de destrucción y muerte.

El Congreso pide a esos escritores que se den cuenta consciente de su deber histórico y se unan a él en la lucha.

En esa lucha ya iniciada los escritores saludan al pueblo español, a su Ejército y a su Gobierno, fiadores de la cultura y de la paz, y saludan a la Unión Soviética, que aporta su ayuda a esta lucha, así como a los demás pueblos que siguen su ejemplo. Los escritores hacen constar aquí muy alto su confianza en la victoria del pueblo español y se dedicarán a defender a la España republicana y a ganar para su causa a los vacilantes y a los extraviados.»

Aznar Soler, M. (Ed.). (2018). *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (València-Madrid-Barcelona-París): Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. Ed. Alfons el Magnànim.

pp. 759-765